

PARA JUAN CARLOS POETA DE LA VIDA

De Gilberto Martínez Arango

I

Nací en el 34.

No tengo ni el más mínimo fragmento de memoria de ello.

Ni sé si me pegaron en las nalgas para que llorara.

Ni sé si mis padres se alegraron o si por el contrario me aceptaron como era:

Zurdo y pecoso de nacimiento.

En el 35 murió Gardel. Eso, estoy seguro marcó mi vida.

Mi madre, que lo conoció a su llegada a la ciudad, decía que lo más lindo del zorzal era su sonrisa, y mantenía entre ceja y ceja los dientes de Gardel en el ensueño de su mirada.

Yo cometí pecado mortal con Gardel, y sacrilegio al no confesarlo. Viernes santo y prohibición de ir al cine, o por lo menos a películas que no tuvieran nada que ver con el milagro de la muerte de Jesús-Cristo. Contra todos los demoníacos remordimientos me fui derecho al Teatro Buenos Aires a ver al hombre que “cada día canta mejor”. *Mi Buenos Aires querido* acompañó, por mucho tiempo las divagaciones místicas de ese niño que se atrevió a desafiar la ley divina creada por los hombres.

¿Cuándo un fragmento de memoria en el tiempo es solo un sueño de deseo de lo que no se hizo, pero que se quiso hacer, apropiado a la experiencia de vida enmarcada en ese aire del héroe que quisimos ser y nunca fuimos ?

Estaba en otro teatro. Cine Colombia. Película: *Mi lucha*. Ocupaba la luneta con mi viejo amigo judío David. Me habían invitado sus padres, pero de todas maneras no podré entender el porque lo hicieron. Vagamente recuerdo que querían que los niños viéramos lo que estaba sucediendo en Alemania, antes de lo que fue la segunda guerra mundial. ¿Hasta dónde nuestro desarrollo estaba preparado para eso? No lo sé. Lo que sí se es que veía en la pantalla a un militar, frente a una gran multitud alzando la mano y gritando *Heil Hitler*. Pedí permiso para salir a orinar. A la entrada de los mingitorios vi a alguien que preparaba algo y pregunté:

– ¿Qué es eso?, sorprendido el hombre, me miró y me calibró.

– ¿Quieres ganarte cincuenta centavos?

– ¿Qué tengo que hacer?...

– Entrá por esta puerta. Y te vas por todo el borde del muro del escenario, agachado, hasta la mitad del mismo, y dejás eso ahí...

Tenía tal sentimiento de hostilidad hacia el militar ese que hablaba y hablaba en la película, y todos obedecían con un saludo acompañado de ese *Heil Hitler*, que nada me decía, que me gustó la idea. Hice lo que me pidió. Salí y corrí hacia la luneta, en la parte superior del teatro, donde me esperaban mis amigos. No me había sentado del todo cuando una fuerte explosión hizo que, por lo menos así lo recuerdo, los que estaban a mi lado, nos agarraran de un brazo a David y a mí, y corrieran presurosos hacia la salida. Había sentido mi primera protesta contra todo lo que significara fascismo.

Con fortuna, el tiempo me fue mejorando. El fragmento de memoria de mi abuela paterna es simplemente como una figura del test de Roschard. Vivía y allí murió, en la casa de la esquina de Maracaibo con Girardot. Hoy es una sede del Partido Liberal. Ella estaba recluida en la última pieza de una galería de dormitorios. A la antigua. En esa pieza, me contaron con asomo de gallardía, que un día, cuando estudiaba medicina, mi padre yació por tres meses, vendado, debido a un estallido de un depósito de pólvora. El viejo no tenía nada de anarquista o de guerrillero de la época; aunque se confesaba liberal recalcitrante. (Lo que cuando era estudiante de quinto de bachillerato en el colegio de San Ignacio me costó perder el año en química. El padre Henao, mi profesor, y para males mi confesor de interminables “confesiones generales”, no podía permitir que el hijo de un liberal, ateo, secretario de educación departamental, amigo del liberalísimo y también apóstata, Luis López de Mesa, ganara su materia). Simplemente él confeccionaba pólvora en la navidad para costearse los estudios. Mi familia fue una familia burguesa llevada a menos por las vicisitudes económicas de la época.

Durante mucho tiempo nos prohibieron entrar a esa pieza, pero un día para sorpresa mía me dijeron: –“vamos a ver a la abuela”. Ahora entiendo. Presentía su muerte y quería vernos por última vez. Desde el fondo de la recámara, ella nos saludó con una voz nada agradable. Un gran manchón negro, pues solo se veía su cara desfigurada, es lo único que conservo en la memoria. Mamaíta, la abuela paterna, se murió de cáncer en la cara.

Yo tuve un bisabuelo que tocaba el tiple a la perfección. Y también tuve un abuelo... Pero quien no tiene un abuelo... pero este era especial... Coleccionaba estampillas... Bueno, es más elegante decir sellos y billetes, y por cada sello que pegaba se metía un doble de aguardiente, hasta que mi abuela lo llamaba (*Era tan buena mamá Berta que de ella ni hablar*): – ¡Antonio, a comer! Y hasta ahí llegaba con el anisado; era verdaderamente un disciplinado. Siempre me decía: “siga con las estampillas que ya vuelvo”. Y dando la espalda, inclinaba ligeramente el torso hacia delante y después de un corto retroceso, el proceso terminaba, a veces con un gruñido de satisfacción, deglutía el anisado. A veces tosía, otras veces iba hasta el balcón y lanzaba un escupitajo anisado a la calle. Me tocó llevarlo a ver la última película de su vida, en el viejo Teatro Junín. *La Vorágine*, obra magistral de José Eustasio Rivera, en adaptación mexicana. Ya el derrame cerebral establecido había dejado sus huellas de parálisis. Se durmió en la mitad de la película. Al salir y decirme con su lengua cascada que llamara un taxi y le preguntara al conductor cuanto valía la carrera, ante la petición del taxista, lo llamó y le dijo:

– “¡Ladrón! Aaaaaproovecharssse así de un inváliido.”

Arrancó, camino arriba, utilizándome como muleta. Seguí su marcha final rengueando. Esa noche murió como todo un Señor. Yo traté de llorar y no pude.

A mamá Berta la encontramos muerta unos meses después, a las cinco de la mañana, cuando fuimos a despertarla para que ordenara el desayuno. Murió de nostalgia amorosa.

(*Trato de tocar. Saco la botella y me tomo un trago de aguardiente.*)

La velación de su cuerpo ventrudo se hizo en la sala de la casa, en pleno centro de la ciudad. Por el viejo portalón entró la tía Chacha, toda vestida de tules negros. (*Desde que se murió el finquero de su marido, que entraba por la puerta de la alcoba oliendo a anisado, a zamarros desteñidos, le gritaba a pleno pulmón... Ella lo esperaba en el*

lecho de edredones rojos y apenas lo veía, con gesto gentil de dama de alcurnia, le hacía un camino de pétalos rosados que lo llevaban a la tina tibia que con esmero le había preparado... mientras sacaba el “paquete” decía: –“abra las piernas hija que aquí llegó su macho”, y eso que era de apellido Santa María).

Su cara de mujer estoica parecía un cuadro negro de Goya. Discretamente, como se acostumbraba en los velorios de ese tiempo, saludó y se sentó. La sala olía a incienso y mirra. Pasaron las horas y, de pronto, se levantó y gritó inesperadamente a los murmuradores de rezos fúnebres: – “Abran la ventana para que se nos enfríen los esqueletos”. El abuelo murió a mediados de 1950. La abuela murió de suspiro, de tristeza, a las seis de la tarde, un año después.

(Me río maliciosamente y me tomo un largo trago.)

!Ah! Y también tenía un tío que me dejó, al final de sus años, herencia. Lo que no se hereda se hurta y yo nunca fui ladrón. Era un personaje. Un viernes en la tarde salió de su casa. Me lo encontré. Flaco y desgarbado iba con su paso cansado y lo detuve...

– “¿para dónde va Jesús a estas horas...?” Y me contestó:

– “Voy a ver la última película de mi vida. Ya he vivido mucho. No tengo nada más que ver.”

Dicho y hecho. Me contaron ... *(Aclaro la voz)*... me contó la mujer que lo cuidaba, que había llegado de cine, lentamente había subido al segundo piso de la casa, se puso la levantadora y las alpargatas, se sentó en la mecedora de mimbre y gritó:

– “No quiero que me molesten.”

Al otro día lo encontraron muerto con un esbozo de sonrisa, como saludando a la muerte, que no sabemos a qué hora llegó por él. Nunca le conocí mujer o amigo, y solo una vez en un restaurante, en ciudad de México, me había preguntado a quemarropa:

“– ¿Y las muchachas de por aquí, qué?”

Nunca supe si las conoció o no....

(Allí estaba pegado literalmente a esa silla del colegio de las Hermanas de la Presentación, en el Palo con Colombia. No podía moverme. Sabía que no podía hacerlo sin que todo el mundo se diera cuenta de mi situación. Esa mañana había salido alegremente de mi casa. El día anterior mis padres me habían comprado un trompo de madera, donde Canuto. Para los niños, el haberlo comprado donde Canuto era muy importante. Yo nunca llegué a conocerlo. Se que era carpintero y sus trompos eran famosos. Si el trompo que uno exhibía ante sus amigos y allegados no era de donde Canuto, perdía todo su valor. Antes de entrar al salón de clases, en el patio de cemento, en donde se jugaba un remedo de basketball o de fútbol de pelota de trapo, durante los recreos, lo mostraba a mis compañeros de clase. Estaba muy orgulloso. Era barrigón y con rayas azules en la mitad de la panza. No era pues un trompo cualquiera. Costoso. Mi Padre nunca escatimó gastos con tal de que tuviéramos lo mejor. Había algunos que sabían, sin que se cayera al suelo estrepitosamente, hacerlo bailar en la palma de la mano. Creo que ahí, en esa cualidad, estaba la sabiduría de Canuto. Sus trompos eran fabricados bajo la intuición de un perfecto acabado, que permitía un balance de la gravedad en el momento de girar y girar. Yo no era tan experto, lo que me producía una tremenda desazón. Sonó la campana y todos nos fuimos a los salones de clase. Me acuerdo del trompo porque a los pocos días, jugando con Mario, el grande, hijo del médico legista de la época, lo perdí todo, es decir todas las “vistas” que tanto me había costado coleccionar.

Ese, mi primer colegio, era un colegio regentado por monjas. Para mí todas eran iguales, menos la hermana Elvira. Grandes cornetas, ojos estrechos, a veces enmarcados en gafas de lecturas infatigables, presencia física oculta por largas y anchos hábitos, que no dejaban ver ni el cogote cuando se recogían en el cuello de las agraciadas de Dios.

La hermana Elvira. Su cara parecía un triángulo, de frente ancha y barbilla de cuchillo, florecida con unos cuantos pelos negros. Sus ojos miraban desde muy adentro, ya que los pómulos eran salientes. Piel seca y arrugada. La poquita que se lograba ver. Fundamentalmente la recuerdo por su modo de pellizcar para llamarle a uno la atención. Solo cogía el pellejo. Un pedacito de pellejo. Y luego lo retorció mientras con voz susurrante, o tal vez cavernosa, o tal vez irónicamente matizada, llena de cristianismo bondadoso pero vengativo, decía: – “poné cuidado mocoso”.

Estábamos en clase de historia cuando sucedió. Fue algo que no pude evitar. Sentí que los gases de mi intestino querían escaparse... era desesperante... Hice esfuerzos inauditos por contenerlos, sabía que me moriría de vergüenza, en caso de que los demás se dieran cuenta... Morirse de vergüenza un niño; solo un niño sabe el momento en que ese sentimiento aflora y desencaja inconteniblemente el mecanismo normal de sus reacciones primarias... solo quería, por último, que todo fuera silencioso... y así sucedió. Pero detrás de los gases vino el popo. O sea me poposé. Tenía diarrea. Sentí que el pantalón, en lo que corresponde a los fundillos, humedeció y luego se empastó. No me atreví a mirar a ningún lado. No osé mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Sudaba. ¡Cuánto calor hacía!

A medida que pasaba el tiempo mas afluentes conocíamos del río Magdalena. ¿Y ahora qué voy a hacer? Tengo que salir de todas maneras, me repetía una y otra vez. Algunos de mis vecinos me miraban de vez en cuando. El olor se esparcía por el salón de clase de geografía. ¿Sería mi imaginación? Nunca lo supe. Y dieron las campanadas para salir a recreo. Todos salieron despavoridos. Resolví quedarme y en ese recreo no mostrar el trompo de Canuto. No pude moverme. Mejor, no quería moverme ni un ápice de mi asiento. La Hermana se dio cuenta que todos habían salido menos yo. Abrí un libro e hice como si estuviera estudiando. Ella se acercó. –¿No vas a salir a jugar?, preguntó. Tenía un miedo terrible, tenía miedo de que percibiera el olor y detrás del olor cayera en cuenta de las consecuencias. – No, prefiero estudiar. Dije con voz desfalleciente. Era un hilillo de voz, pues el temor era que la descarga se repitiera. Era alucinante. Las grandes cornetas de la Reverenda, se me hacían orejas que crecían y crecían tratando de atraparme con sus amplios y tiesos pabellones. Al fin desistió y se marchó admirada de que un niño de su clase hubiera preferido el estudio, al jugar.

De nuevo la clase y de nuevo el martirio de esperar la campanada para salir a la calle e irme a almorzar. La Hermana o Reverenda habló de lo que pasó en la batalla de Boyacá... ¡Y a mí que me importaba! Por más que me reventaba la cabeza, no sabía cómo iba a salir a la calle. Al poco tiempo noté que estaba más tranquilo. Eso, era un gran emplasto.

Esperé a que todos hubieran salido y me levanté cuidadosamente. Al principio, una cierta dificultad, pero la confianza renació cuando noté que allí seguía pegado y que todo era una sola unidad. Caminé con la piernas muy juntas. Otra vez el temor de que se repitiera el fenómeno o que se desprendiera el pegote. La Hermana miraba. Yo creo

que miraba asombrada la forma de caminar de ese niño que se había quedado estudiando en vez de salir a jugar a la hora del recreo. Los pasos eran muy cortos, muy cortos. Pasé delante de ella sin mirarla y logro la puerta de salida. Empiezo a cruzar la calle, cuando un carro frena delante de mi y pita. Veo al hombre detrás del vidrio delantero, vociferando y manoteando contra la cabrilla. Pito va y pito viene. Gran atrancón de carros. Con la mano alzada y con la palma de la mano en forma olímpica y con orgullo de ser el eje de todas las miradas, le insinuaba que esperara. Creí que la calle no terminaría nunca. Al fin pasé y llegué a la casa. ¡Cómo me había retrasado! Nana Pacha me esperaba en el portón, y furiosa me dijo. – “Llegás tarde. Te están esperando”.

– ¿Estás enfermo? y mandó la mano al “fundillo”. Pero sí estás todo cagado. Vení te limpio. Y gritando una disculpa, a mi madre y mi padre que me esperaban en el comedor, me entró en volandas al baño a limpiarme. Fue el recuerdo de mi primera cagada. Me cagué en el Colegio de las Hermanas de la Presentación. Al poco tiempo me sacaron del colegio de la Presentación. El motivo no lo supe.

El nuevo colegio estaba regido por un profesor González. Allí en ese mismo colegio, siendo corneta mayor, me tire un pedo, en un ensayo y me cagué. Me sacaron en hombros para el baño y a renglón seguido me destituyeron, para mi beneplácito, de ser corneta mayor de la banda del colegio Gimnasio Medellín).

Pero la historia de mis incontrolables movimientos intestinales no terminó ahí, tuvo punto final en la gran cagada que, sin que pudiera evitarlo, tuve durante la solemne procesión de Sagrado Corazón de Jesús, en la esquina de la Avenida de la Playa, avenida central de Medellín, y la Carrera Córdoba. Una señora que devotamente miraba el paso de la procesión comentó: – “Qué raro que camina ese muchacho”, y le contesté: – “No señora, no es que camine raro es que me cagué y aprieto el culo para contenerme.” Me sacaron triunfalmente en andas.

El profesor González tenía fama de ser un magnífico educador. Era un hombre de unos 45 años, con grandes anteojos de carey, de mirada seca. Hablaba bien de él, el hecho de que no rehuía la mirada cuando sostenía una conversación sobre la marcha del colegio o de cualquiera de sus alumnos. Sus ojos se veían pequeñitos a través de sus gruesos lentes bifocales. Hablaba ceceando, y me dio la impresión de que tenía un defecto en la pierna izquierda porque rengueaba un poco al caminar. Vestía como un obrero de construcción, y llamaba la atención un chaleco de color pajizo, con unos pequeños bolsillos de los cuales colgaba los dedos. Inspiraba respeto. Mi primer día de colegio trascurrió sin problemas. Me lo pasé observando a los demás niños. Aprendí que en los recreos se acostumbraba a jugar a las escondidas o a la gallina ciega. Me llamó la atención, sin embargo, que en el recreo de la tarde, quien vigilaba, el profesor don Miguel, escogió a dos niños, les puso guantes de boxeo y los tiró a la mitad del patio. El servía como juez. Los demás niños los rodearon, conformándose así una especie de ring humano. Enardecidos por los gritos, se pegaron con saña. Se tenía que ganar, pues era denigrante perder.

Segundo día de colegio. Recreo de la tarde. Estaba parado cerca de una de las columnas del patio, con mi vasito de agua en una mano y vestido de marinerito, cuando sentí la mirada de don Miguel. Se sacó el pedazo de tabaco de la boca, escupió por un lado de la comisura labial y se me acercó. Sin darme tiempo a réplica me ordenó: – “No te quedes ahí solo y ven a jugar”. Sin detenerse, hablando y haciendo, me colocó los guantes. Al

frente mío estaba mi contendor. Tuve un miedo terrible. Era de mi edad, pero yo lo veía como un inmenso oso. Me temblaban las piernas. De un empujón me colocaron en la mitad del patio. El otro empezó a danzar frente a mí. Era el campeón del colegio. No sabía que hacer y levanté los brazos para protegerme. Fue inútil. El primer “boliao” se estrelló contra mi nariz, y el segundo y el tercer... Yo movía los brazos como aspas, no podía hacer otra cosa... Me daba en el hígado, me sacaba el aire, en el estómago me daba arcadas, en los labios que sangraron.... Los gritos llegaban lejanos... distantes... Enardecidos, los niños giraban. Animales de una calesita enloquecida. El cielo empezó a girar sobre mí y me desplomé. Sentí rabia, vergüenza, ansias de matar y me paraba, pero volvía la andanada de golpes y de nuevo al suelo, para no levantarme sino después de ver que la multitud, incluyendo a los profesores, entraban a las clases, no sin antes aclamar al campeón. El único que me ayudó fue don Miguel. Me quitó los guantes y me dijo con su voz cascada:

– Bravo, muchacho. Así se hace. La vida es larga y hay desquite. Y escupió. Lo miré y juré que me vengaría.

Al regresar a casa, la vieja nana Pacha me preguntó que me había pasado. Esconderle algo a ella sabía que era un imposible, a pesar de todo, no siguió indagando cuando le contesté con entrecortados sollozos: – “Me caí”. Y empecé a madurar mi plan.

El sobrino de ella, Carlos, era para mí, en ese momento, un matón de barrio. Ahora lo veo como un cachorro montaraz.. Pero sabía que era peleador y sabio en el arte de la defensa personal. Sabía de todo. Se había criado en la calle y eso lo decía todo. A veces jugaba con nosotros, en circos improvisados que hacíamos en el solar de la casa, y en la que hacía el papel de Charles Atlas criollo. Le conté lo que me había pasado. – “No te preocupes... conseguite unos guantes y te enseño”. Y así lo hice.

Hable con la vieja. Por un momento me miró asombrada. Pero como siempre, sin decirme nada fue y los compró. Empezaron las lecciones. Los grandes del boxeo empapelaron los muros de mi pieza. Me aprendí de memoria las proezas de Joe Louis, después de haber sido vencido por Max Schmeling, en junio de 1936, y la derrota de este último a manos del negro, en julio de 1938. (*He tenido que recurrir a la Crónica del Siglo XX para recordar las fechas*). Sendas fotos de combates no vistos, pero imaginados con la fuerza de la venganza infantil que alimentaba en contra del campeón de boxeo del colegio de don Miguel. Así estuve unos cuatro meses. Ya sabía como defenderme y golpear en el momento en que el contrincante abriera la guardia. Aprendí qué era eso de golpear al hígado para quitar aire, qué era eso del segundo aire, en un combate que no tenía otra finalidad que ganar, a como diera lugar, y a no desesperar. Aprendí a dar con la cabeza en los clinch. Soñaba y esperaba. El día llegó.

Apenas salí del salón de clase cuando vi que mi antiguo rival se ponía muy orondo los guantes de boxeo. Corrí hacia el otro lado del patio, en donde estaba el contrincante de esa tarde y prácticamente le arrebaté los guantes. Ordené que me los pusiera. – “Esta vez me toca a mí”. El otro, muerto de miedo ni siquiera rehistó. El campeón me miraba sonriendo. Me sentí el bombardero de Detroit. Me acerqué con cautela y con la guardia abierta. Me dejé pegar los primeros golpes haciendo unas cuantas fintas que amortiguaron su poderío. Y llegó el momento deseado. Algo digno de verse. Rectos, jabs, ganchos, en fin, todo el repertorio que había aprendido de mi entrenador... Todos gritaban... ¡dale...! ¡dale más...! ¡ánimo...! Me lo tuvieron que quitar. Esta vez don Miguel escupió y recogió al guiñapo que lloraba en el suelo. Un sentimiento de tristeza

me invadió. Nada me importaron los abrazos y los vivas... ni que me hubieran alzado en hombros.... estaba profundamente avergonzado de mi condición de niño.

El colegio de don Miguel tenía fama de estricto y de severo, especialmente con la educación sexual de los alumnos. En otras palabras, eso ni se mentaba oficialmente, aunque como todo grupo de niños que se aprecie, el rumor de ese misterioso mundo de la sexualidad era motivo de más de una encerrada en el baño, especialmente de los compañeros que se decían más avanzados en esas cuestiones. Todos parábamos las orejas tratando de oír lo que se comentaba en los corrillos, especialmente a la hora del recreo, aprovechando que los profesores se descuidaban para participar de los ya mencionados combates de boxeo. Además de don Miguel, enseñaban la señorita Lía y la señora Marta. La primera tendría unos 35 años. Sus senos, muy desarrollados, se bamboleaban con cada paso que daba. Algunos la llamaban “la vaca lechera”. Cuando pasaba por delante del corrillo de muchachos de último año de primaria, con su estereotipada sonrisa, con sus brazos musculosos, bien formados, y sus piernas ligeramente regordetas, pero bien delineadas, se despertaba un murmullo de sonrisas maliciosas. Ella comprendía el porque, y sus grandes ojos azules miraban fijamente a los muchachos, como pretendiendo reprocharles, pero al mismo tiempo aceptando el piropo, envanecida de 35 años de soltería. Un cierto dejo de coquetería que no le caía mal y que, por el contrario, desencadenaba en mí, particularmente, no sé si en los otros, un cosquilleo morboso por mi pecosa piel. La señora Marta era una mujer de unos 55 años. Sus anteojos de aro de plata colgaban de su apéndice nasal y recorría con sus ojos el salón de clases, con una atmósfera inquisitorial que inspiraba respeto, y más cuando con una corta y gruesa vara golpeaba la cabeza o la mano, ante cualquiera equivocación o lo que ella creyera que constituía una infracción punible.

La señorita Lía entró a la clase. 24 de marzo, día de mi cumpleaños. Llevaba un vestido rojo muy ceñido al cuerpo. Todos nos miramos. Un compañero, y sin saber realmente que causaba tal reacción, me dijo en voz baja: – “Está buenísima...” No respondí.... no entendí que era eso de buenísima..., pero me hice el de la oreja mocha y en forma altiva hice que mi vanidad de sabihondo quedará satisfecha. La señorita caminó decidida hacia su escritorio que reposaba en una plataforma, justo al frente de mi pupitre, situado en primera fila. Hacía un calor insoportable. – ¡Silencio!, dijo la maestra. Todos callamos. Empezó a rezar el Padrenuestro. Esa era la costumbre. Y después cantamos el himno del colegio. Otra de las costumbres. Terminadas las costumbres abrió el libro de historia patria y abrió también un poco las piernas.

Empezó a leer la historia de Ricaurte en San Mateo. Episodio nacional que después supe era una mentira inventada por el Libertador Simón Bolívar para darle coraje a las tropas hambrientas y abatidas. No había llegado al momento en que el héroe patrio cogía la antorcha, la prendía y la ponía en los barriles de pólvora que había en la cabaña, para volarla en pedazos, cuando una lluvia de lápices empezó a caer al suelo. A cada lápiz que caía, se escuchaba la concebida pregunta: – “¿Señorita, puedo recoger mi lápiz?”

Veía que Carlos, el patizambo, y Pedro, el lambetas, y todos los otros, al inclinarse para recogerlo, se quedaban estáticos un momento y levantando levemente la cabeza dirigían la mirada hacia la abertura de las piernas de la maestra. Exclamaban algo y luego, en forma por lo demás casi premeditada, a un ritmo calculado para que la señorita Lía no se diera cuenta, la caída de los lápices se convirtió en un acto litúrgico al cual no pude ser ajeno. ¿O era que se daba cuenta? ¿O quizá la aventura heroica y muerte del patriota

Antonio Ricaurte, el héroe de San Mateo, le apasionaba de tal forma que no existía más que ella y esa pueril fantasía patria?

– Señorita, mi lápiz... ¿Puedo recogerlo?

– Puede que Ric... Yo entendí que podía. Y cuando vi que seguía leyendo el libro y no se dignaba mirarme... Me agaché a recoger el lápiz... Quedé ensimismado... no sé que me pasó... pero el hecho es que me quedé mirando y mirando... no sé por cuanto tiempo... Las piernas redondas de la señorita Lía se presentaron ante mis ojos... Una pequeña gota de sudor corría por su muslo izquierdo... Y en el fondo de la abertura, un pantaloncillo blanco que dejaba transparentar algo negro... No percibía nada a mi alrededor... solo quería mirar y saber... De pronto, un movimiento brusco de las piernas que se cerraban... Miré hacia arriba y allí estaba acechándome, furibunda...

– ¡Qué haces idiota...!

Un silencio encarnado rodeo mi cara... Sin embargo... en esos ojos azules había indulgencia... o picardía... ¡quién sabe...! Me levanté presuroso y me volví a sentar... Ella dignamente hizo lo propio.

– Bueno niños, más atención, por favor. Y continuó la lectura. Sus piernas permanecieron cerradas hasta el final de la clase. Ricaurte voló por los aires en San Mateo, y yo tuve mi primer contacto con ese mundo misterioso de la feminidad. A la salida de clase mis compañeros se acercaban y me susurraban: – Te agarraron mirándole el “panecito” a la señorita. Me imaginé que el pancito era aquello negro que reposaba en el fondo del triángulo que hacían las piernas al abrirse.

Tengo tanta soledad de mí y sin embargo estoy tan lleno. Tengo tanta soledad de laberinto. Es evidente y no puedo negar que no tengo miedo y debería tenerlo. Silente la indiferencia recorre mi piel y busca salida en el timbre cascado de mi voz. Siento que avanzo hacia la orilla. Hubo un tiempo en que no existía, y habrá un tiempo en el que dejaré de existir. Presiento un túnel de luz y un paisaje a lo lejos, árido e inconsistente. Una brisa mineral. Ahora se que esta va a hacer mi última página fronteriza. Voy al encuentro de algo y de alguien a quien he perdido. Lo digo sin remordimiento, pero sí con la solidaridad de lo aceptado, en la comunicación del amor compartido.

(En forma estrepitosa me sueño.)

Creo que hoy el encuentro me es permitido con la dimensión que cierra la garganta al alarido, y da lugar a la emoción sin límites de fronteras, especialmente oscuras y a las que pocas veces he tenido acceso. ¿Miedo? O seguridad de lo pensado correcto.

(Toco la organeta que me dio por comprar a los setenta de vida. Tarareo. Saco una botella del bolsillo y tomo un trago, mientras con paso cansino voy hacia la biblioteca, saco un libro. Lo abro. Leo.) Fragmentos de memoria. Página 30.

– “Mamá se ha ido. Murió como buen soldado, en primera fila y en el campo de batalla”. Así era como la animaba mi padre, y cuando se lo decía, una brillante sonrisa se esbozaba en su rostro cansado y dolorido. *(Levanto la cabeza. Absorto. De memoria.)* Regresé de prisa del extranjero pues mi padre se había quedado solo, en poder de un ama de llaves. Y con ella quería casarse. La eterna historia. Una memoria que no se pierde, pues está grabada en la visceralidad del sexo. Memorable regreso. Memorable regreso... ¿Memorable regreso? ¿Para quién? ¿Para él? ¿Para mí? ¿Para ella? ¿O para la hija del ama de llaves, retoño amenazado por la eroticidad de la vejera de un hombre cargado de dolor? *(Pausa. Muevo los hombros y regreso al libro.)*

Ligera mejoría de su estado doloroso...

(Levanto la cabeza, me ensimismo, me inclino sobre la organeta Casio. Toco y quedo a la escucha, es decir: de cara a la sala, el busto inclinado hacia adelante, de nuevo los codos sobre la mesa, la mano en forma de bocina detrás de la oreja izquierda en dirección al aparato. Oigo una especie de marcha fúnebre premonitoria.)

Me confesó que estaba bastante mejor, pero yo sabía que no era así, y que solo era un espejismo producido por la droga. Fue exactamente hace muchos años. Los años han picado mi piel y ahora que lo recuerdo, aquí sentado al amor de la lumbre, contento con... no, esto no debiera decirlo, porque un corto remordimiento me lo impide.

Nadie. Frío de páramo que no conozco, pero que invierno en mi escalofrío.

(Recuerdo el sonido de la bacinilla, que para despertarme, en caso de que estuviera dormido, mi padre hacía en la habitación final de la galería de los cuartos de la casa. Veo una que reposa a mi lado y con gesto parsimonioso la cojo y golpeo el suelo de la habitación. La dejo.)

¿Por qué contármelo de nuevo...? ¿Es posible que tal suceso permanezca en mí hasta el último instante, antes de morir? ¿Será que la memoria de los recuerdos solo desaparece en el mismo momento en que seamos solo... polvo de tierra?

(Camino unos cinco pasos y me devuelvo otros cinco, siempre mirando la bacinilla. Luego me inclino y empiezo a crear una especie de música con la misma, que termino en un frenético ritmo metálico. Me calmo. Vuelvo a mi posición en la mesita y pongo a funcionar de nuevo la organeta.)

Extraordinario silencio el de esta noche. Aguzo el oído, sobre todo el izquierdo que cada vez se hace mas insensible, y no oigo ni mi aliento. *(Ahora que escribo “mi oído izquierdo”, me acuerdo cuando desesperado por el canto de flauta que me atormentaba el sordo sentimiento del vestíbulo auricular; un día cualquiera, en los pasillos de la facultad de medicina, me encontré un amigo y pariente médico virólogo y dedicado a la acupuntura. Le dije: – Oíste, que hago para este problema del oído. Cada vez oigo menos de afuera y más cosas de adentro. Con su ladina bondad, el amigo, inclinando levemente la cabeza, y con un rictus en la boca, peculiar modo de dialogar, me solicitó que lo siguiera para dentro de su despacho. Sacó una especie de aparato que emitía un sonido ultrasónico, según me explicó, y me lo aplicó a las diferentes partes del oído. Después de unos diez minutos de sesión me preguntó: – ¿Como te sentís? Pues... igual porque me lo pusiste en el oído que no era...)*

Anoche alguien cantaba una canción de cuna, rara paradoja que hoy no logro entender. Mi padre cantaba, y muy bien, trozos de viejas zarzuelas españolas.

(Trato de tararear: “ Mi aldea”, de la zarzuela Los Gavilanes.)

Extraño su seseo en el cantar, armónico ensueño de lo que quiso ser y no realizó. Como tantas cosas, era una de tantas que nos envuelve una sola vez y el tiempo se encarga de desleír en la bruma de lo profundo, de la memoria que no logra adquirir sentido de vida. Me lo dijo un día con voz plagada de nostalgia: – “Si no hubiera sido lo que soy, hubiera querido ser cantante”.

– “No me pusiste la inyección que era”.

A las doce de la noche, al oír el ruido del artefacto contra el piso me levantaba para ver que pasaba y él me decía: – “Tengo un tremendo dolor”.

El insomnio y el dolor del padre me pudrían en esa casa de largos laberintos. El dolor era el remordimiento de no poder hacer nada. Pero ahí estaba el hombre con su vértebra aplastada y una radiculitis que lo incapacitaba. La baralgina inyectada no le servía, sólo la morfina que el médico encargado de su caso, en el Seguro Social, había un día inyectado ante los dolores que lo agobiaban. Ponía 100 mg. Era la dosis.

(Un día, uno de esos tantos días en que me sentía el que más sabía, entré a la casa. Comí y me despedí de los viejos. Estaba leyendo, siempre leyendo. Entra mi madre y me dice: Tú papá tiene un dolor muy fuerte en el pecho, porque no lo vas a ver. Salí y cuando entré al cuarto vi a mi padre, valiente el viejo, sin quejarse, pero con un rictus de intenso dolor incrustado en su cara de nariz judaica. ¿Qué te pasa? Ni contestar pudo. Estetoscopio y tensiómetro entraron a funcionar. Nada. Esperemos, le dije a mi madre. Y volví a mi cuarto a seguir leyendo. Siempre leyendo. Al cabo de un cuarto de hora, oigo que mi madre de nuevo me requiere y regreso a la cama de mi padre. El ritual se repite y digo a la asustada madre que me mira: llamá al cardiólogo. Mientras, levanté la cobija y le abrí la camisa de la pijama al viejo. Un tremendo rosetón en la tetilla izquierda, llamó mi atención. Saqué del todo la camisa y ahí, en el sobaco de mi padre, estaba un alacrán con su cola lista a lanzar un nuevo zarpazo. Desde ese entonces dejé de creer en mí mismo y en la ciencia infusa.)

Trataba de dormir y a eso de las dos de la mañana sentía un gran estruendo... Era la puerta... ¿Qué era lo que ahora pasaba..? Salía corriendo y allá estaba en la esquina como un “dandy” esperando un taxi para...

– “Papá, ¿para dónde vas?” y me decía: – “Voy al Banco a conversar sobre ciertos intereses que no entiendo... que veo en este extracto... y no entiendo, mijo... Me están robando... Usted sabe que el gerente ha sido mi íntimo amigo, que hasta caballo le he regalado”. El caballo se llamaba Sombra. Y yo sabía que dándole tinto lo hacían esperar horas y horas. Luego... regresaba... a regañadientes. En el mundo nebuloso del narcótico se abría una luz de entendimiento... luchaba porque sabía de su dolor... de su necesidad de mitigarlo... de su carencia de lucidez... Y lloraba en silencio... Y así como un niño que retorna al hogar, se quedaba jadeante dormido de medio lado... Posición fetal de adulto que se va muriendo, equivocándose. Y escribía algo que creía sinceramente que eran versos, y que guardaba entre los calzoncillos, considerándolo sólo como un pecado de atrición. *(repite)* Pecado de atrición. Escribía versos. Un día me encontré en un taxi con él y sus recuerdos, llevándolo al manicomio. Una voz le había aconsejado que tenía que matarme, por mal hijo, y el psiquiatra había ordenado su reclusión por un tiempo.

Cuando despertó de su ensueño y miró a su alrededor, un lagrimón vacuno se deslizó por sus mejillas enjutas: – “¿Por qué me trajiste aquí si yo no soy un loco?”. Al poco tiempo murió. La tristeza en el corazón le había detenido la vida. *(Me río.)* Y ahora estoy aquí. Muriendo poquito a poquito. Como agarrando vida... poquito a poquito... Fragmento de mi obra inédita, la bacinilla.

Tanta soledad de mí y sin embargo estoy tan lleno. Avenida límpida. Nombre de guerrero y alegría que rondaba mi cuerpo cuando caminaba por la acera hacia el trabajo. *(Trato de sacarle sonido a la organeta mientras oigo la canción de Serrat: “Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa...” Busco en los fragmentos de memoria una nueva reminiscencia. Leo).*

Esta tal vez será mi última reminiscencia, la que me llenó de vida, de sabor humano y

desprendimiento. El acto imborrable de una relación siempre compartida. La había conocido en una fiesta cultural, no era bonita, indiada su cara, tez cobriza, cuerpo de mujer madura, divorciada y con tres hijos. Pero orgullosa de sí. De haber tomado decisiones trascendentales sin inmutarse. Luchadora y trabajadora para darle sustento y educación a sus hijos. Química de amor y soledad. Empezamos a salir a paseos, cine, representaciones, conciertos y, esa mujer salida del pueblo, demostraba un ansia infinita de asombro, de conocimiento y una indefinible cualidad de razonamiento crítico y develador.

(No sé por que se me viene a la memoria la bella historia de Bingo y Binga, los dos foxterrier que junto con Pepito, el lorito, fueron los únicos animales acompañantes de mis delirios y desazones, del paso de la infancia a la adolescencia, de los sueños místicos heredados y al pragmatismo del hombre que se lanza en pos de su camino de Sísifo. Era un día de primavera, en la finca de Itagüí que mi padre había alquilado para que pasáramos las vacaciones. Exactamente a las once y treinta de la mañana, cuando el hijo del mayordomo vino corriendo hacia la casa gritando: – ¡Mataron a Binga! De inmediato dejamos de jugar y corrimos por el prado rumbo a la puerta de la finca que daba a la carretera. Allí, en medio de un charco de sangre, yacía la perra foxterrier, su piel sucia y sus motas negras, respirando dificultosamente. El costillar aplastado a duras penas se movía. La lengua sanguinolenta, reseca, inmóvil, pedazo de carne fofo sobre el pavimento. Su abultado vientre había dejado de moverse. Días antes había notado el fenómeno, mientras la bañaba. Bingo, su compañero, aullaba lastimosamente contra un impasible sol de primavera que apenas calentaba. La recogimos y corrimos hacia la casa donde mi padre esperaba. Llegar y colocarla con cuidado en el piso del patio de enfrente no fue sino medido por la angustia que sentíamos y la esperanza de oír la voz de mi padre que nos dijera que se salvaría. Pero todo fue en vano. Binga murió. Bingo siguió aullando. De un bar lejano llega el rumor de la canción de Serrat: “Y a mi enterradme sin duelo entre la playa y el cielo...”)

Bebo... No sé si ponerme a llorar, o hacer que lloro, o quiero que el que lea esto lllore, o haga como que llora, o tal vez que el tiempo que arrasó con todo vestigio de saber que, como ser humano y como hombre, sepa que también puedo llorar... llorar... Pienso que tal vez escribir e insinuar dos veces llorar, sea calificado como melodramático.

(Por la noche. Dormía en una buhardilla que quedaba encima de la sala comedor. Desperté sobresaltado al oír unos aullidos lastimeros que no podían ser sino los de Bingo. Un llanto de perro, un cántico final de zarzuela, amor dolido de perro, soledad e impotencia en el aullido de mi querido foxterrier que se acompañaba de otro ruido, que al producirse hacía que las paredes de boñiga de mi habitación se estremecieran, como si un terremoto las fuera a derribar. Me levanté y fui al comedor. No podía creer lo que estaba viendo. Bingo, mi fiel compañero de adolescencia, se colocaba en la puerta de entrada de la sala comedor y corriendo, por debajo de la mesa, se iba hacia el otro extremo de la habitación, golpeándose con furia la cabeza contra el muro que impasible lo recibía. Traté de detenerlo en la mitad de su loca carrera y me dio una dentellada en la mano, que casi hace que el hueso apareciera a flor de piel. Sin poder hacer nada, solo me quedaba llamar a mi padre, quien solo llegó cuando en el embate final, después del crujido de los huesos del cráneo, los sesos de mi perro foxterrier se desparramaron por el salón comedor.)

Esta historia pertenece a mi obra *Los deliquios del amor y la locura*

Un día, de esos que no se quieren olvidar pero que, a su vez, se sienten con toda la pesada responsabilidad que acarrea el hecho de vivir, me confesó que estaba embarazada. No supe más de ella, hasta aquel día en que sonó el teléfono y una voz me dijo que fuera a Cuauhtémoc; no recuerdo en esta, mi zona fragmentaria de memoria, el número de la dirección. Con paso apresurado, tal vez con paso de marchista compitiendo, y cantando una ranchera, con un vago presentimiento eufórico y doloroso, recorrí el camino en menos de cinco minutos. El aviso era claro y revelador. Se trataba de una clínica. Al preguntar por ella me contestaron, después de mirarme cuidadosamente: – Ya salió... Ahora sí, corrí. Llegué a su casa. Entré y me dirigí a su pieza, la historia de *Bingo y Binga* bailaba en mi fragmentos de memoria. Nos miramos, me senté en la cama.... Nos volvimos a mirar... Así estuvimos toda la noche... un diálogo de lágrimas.... mejillas húmedas y silencio... No llorábamos por lo que había pasado, sino porque habíamos reconocido en el silencio de lo no concebido, lo triste de la condición humana...

Y otra vez la canción de Serrat: “Y amontonado en tu arena tengo amor, juegos y penas...”

No nos volvimos a ver...

Esa historia es la base de mi obra *En la noche triste de Cuauhtémoc*

II

Mi vida ha sido plena en el dolor de crecer y en el llorar del saber.

Nací y lloré. Creo que derramé lágrimas a granel pero siempre para dentro.

No me importó nunca que me dolía, pero sí el dolor ajeno.

A los ocho años mi madre me miraba bajar por las escaleras desde el segundo piso de mi casa: Girardot # 53-60. Me detuve y le dije: – “Mami, a mi nadie me preguntó si quería venir al mundo.” Una lágrima corrió por su mejilla y me abrazó. Desde ese entonces, con seguridad, tuve la certeza de que no iba a tener hijos. Y siempre los evité.

Ver la historia de *En la noche triste de Cuauhtémoc*

Viví cabalgando en y con el asombro. Me asombraban y deslumbraban los circos y fui trapequista del circo “familiar”, con caída cruenta del trapecio improvisado en el árbol de mango, del solar de la casa, y consecuentes risas y carcajadas de todos los espectadores componentes de la casta familiar. Luego quise ser torero y salía con el trapo rojo a las 5 de la mañana, subrepticamente, por supuesto, a entrenarme en el ruedo de La Macarena, que iba a inaugurarse. Para estar seguro de no fallar por miedo, me volé y en el tren, muy de mañana, me fui a un campo donde pastaban toros de raza cebú. Ante mis requerimientos, con el trapo rojo deshilachado, uno de ellos ni corto ni perezoso se dejó venir con tal ímpetu que no tuve más remedio que soltar la muleta improvisada, salir corriendo y montarme en la copa de un árbol a esperar el próximo tren, de regreso a Medellín. Hasta ahí llegó mi deseo de ser torero y me convertí en un aficionado más de la llamada fiesta brava.

Me enseñaron que toda rencilla se resolvía a golpes y en una de esas me volvieron un guñapo. Época de la primaria. No fue el deseo de venganza, sino la necesidad de aprender a pelear lo que me llevó a construir un “ring” en el patio de entrada de mi casa, y allí, de la mano de un entrenador improvisado, sobrino de la nana que nos cuidaba, típico peleador callejero, aprendí los rudimentos del boxeo. Llegó la oportunidad de

enfrentarme de nuevo con el consabido rival, y le quebré la nariz con un recto impresionante. Fui el héroe del colegio.

Después, y ya en bachillerato en el Colegio de San Ignacio, quise ser jugador de fútbol y como buen zurdo entrené de alero izquierdo, bajo las órdenes del monumental Hermano Labiano. Nos invitaron a jugar contra el equipo de los hermanos salesianos, en el estadio monumental de Medellín. Salí como un crack, estrenando de todo, y en el momento de alinearnos, el consabido entrenador me dijo que jugara de defensa izquierdo: – “pero Hermano, ese no es mi puesto”... Sacan la bola los contrarios, en un pelotazo por lo alto que rebota en mi cabeza de defensa y meto autogol. Salí en hombros y reemplazado de inmediato. Fue entonces que resolví ser trampolinista, y en una de esas me fracturé la cadera. Y como había aprendido a nadar crol, viendo a mi hermano mayor, que lo había aprendido en los Estados Unidos, me dediqué a entrenar y el resultado fue exitoso. Mis primeros pinitos como nadador los hice en el río Medellín, en charcos que llamábamos: “saperos”. Entrené en cuanta piscina había, en los cafés, en las de los hoteles de prostitutas, etc. Y así llegué a tener el record Guinness, no reconocido, de ganarme un campeonato suramericano amarrado de un palo de guayabo. El deseo de ser el mejor.

SOY UN SER ENAMORADO DE LA MUJER. MI PRIMER AMOR FUE MI MADRE Y DESPUÉS MI HERMANA CECILIA.

Tuve una novia en mis quince. Durante trece años. Y por no aceptar presiones para casarme, creo que fue así, se casó con otro. Sufrí lo indecible. Me prometí que no jugaría nunca con los sentimientos, como lo habían hecho conmigo, y creo que así me pasé la vida, entregándome y llegando hasta el punto de pensar que si la relación iba a terminar lacerándome o hiriendo a una mujer, mejor dejarla. Esto no se piensa de un día para otro. Se va forjando. Queriendo y renunciando pasaron, si vamos a ver, pocas mujeres en mi vida, pero cada una de ellas marcó etapas inolvidables. Llegado de Estados Unidos en el año 65, me vinculé de nuevo al grupo El Triángulo, y allí conocí a mi compañera en todo, más de veinte años. Nunca olvidaré a Lucy, eso lo sabe mi actual y única luz de mi vida amorosa, Gloria. Sin ellas no sería lo que soy. Fui fiel y soy fiel a morir, eso lo sé. Soy un enamorado de lo que tengo, y eso no quiere decir que no admire y quiera en mi ser interior a otras personas. Siempre tengo presente no herir en los sentimientos y menos a una mujer. Nunca tuve necesidad de usar frases como: “Deseo acostarme contigo, o vamos a hacer el amor”. No las entiendo. Toda relación que tuve no las necesitó. Las cosas se daban en una forma tal que constituían una plena realización como seres humanos. Por eso lloró cada vez que veo *Hiroshima, mon amour*.

Decir qué me llevó al teatro, es algo difícil de precisar. Fui y soy un lector voraz. Mis primeros pinitos los hice en la biblioteca de mi abuelo y bajo la influencia de mi madre, quien fue una gran lectora. Vendí revistas en la calle para conseguir entradas para cine. Me encantaban las novelas de Dumas y los folletones de Sue, las de Victor Hugo y *La vorágine* de José Eustasio Rivera. Me apasionaban los poemas de Barba Jacob y leía todo lo que se me atravesaba sobre Van Gogh. Me cautivó *Los bandidos* de Schiller y la posibilidad de “ver las imágenes”. Invitado por mi amigo Rafael de la Calle, a pertenecer al grupo El Duende, me encontré con el teatro. El dolor humano en el teatro y el dolor humano que sentía en mi profesión. En última instancia, ambas oportunidades me dirigían hacia la pregunta: ¿Qué es lo que caracteriza la condición humana?

Después de dejar el deporte fui un fumador empedernido. Dos y tres paquetes diarios, hasta el día que me dije: ESTO ME HACE DAÑO Y NO VOLVÍ A FUMAR. De eso hace más de veinticinco años. Fui de los que recogía “colillas” en el suelo.

Me encanta el buen licor y fui un gran bebedor de todo cuanto me ofrecían. Después de mi primer borrachera, hasta quedar inconsciente, nunca más volví a beber así. Sin embargo, una gran bebeta en México, con tequila, nunca he olvidado. Nunca tomé antes de una representación o durante una función. Adquirí la capacidad de beber más que los demás. El licor, fuera de ser un gran compañero, era motivo de alegría, de ganas de bailar. Nunca tuve lo que se llaman “malos tragos”, ni resaca o guayabo.

He sido fundador de grupos, con integrantes de la más diversas posiciones sociales y, por ende, cultural. Desde un principio y por encima de todo, desde la fundación de la Escuela de Teatro, he creído en la formación del actor. Sin actores es imposible una proyección significativa del hecho teatral. Desgraciadamente el proceso de producción de los grupos está sometida a una serie de circunstancias, la mayoría adversas, que han llevado a su desintegración. Y vuelta a empezar. Quizá por eso me embarqué en el proyecto de CASA DEL TEATRO, como un espacio de confrontación. Si no he logrado consolidar un grupo como tal, si he conseguido un conjunto de actores que me siguen, y que han asimilado, en mayor o menor profundidad, una manera de enfrentar el hecho teatral:

El teatro como un modo de vida.

Una manera de confrontarse con los temas

Con el texto o pretexto o partitura

Una manera de decir el texto dramático

engranarlo en los ensayos

y de manejar las líneas de acción física.

Cómo encontrar el gesto fundamental

y los específicos de un tema y del personaje.

Cómo considerar las leyes de la composición escénica

Los de la depuración géstica

De la voz en movimiento

Creo en un teatro comprometido con el medio.

Un teatro político

Me aburre un teatro que no me toca lo más sensible de mi condición humana.

No me interesa el teatro de humito, de luces simulando atmósferas y de voces roncadas esperpénticas que no se las creen ni ellos.

A un actor que ha trabajado conmigo se le reconoce y se le respeta.

Creo que no hay nadie en este momento, en la actividad de dirección en esta ciudad, que no tenga algo que decir sobre mi trabajo y la relación que ha tenido con él.

Pienso que mi trabajo es más conocido a nivel internacional que en Colombia. Ejemplos podrían ser: Coral Aguirre, argentina nacionalizada en México, directora del que fuera Teatro Alianza, quien montó mi obra *Zarpazo*. Luz Peña Tovar, dramaturga y novelista colombiana, residente en España, y estudiosa de mis textos. Me atrevo a mencionar a Beatriz Rizk, investigadora colombiana, residente en Miami. Pedro Monge, director de

la revista *Ollantay*, cubano residente en Nueva York. José Monleón, director de la revista *Primer Acto*, de España.

Voces de aliento he recibido de Eugenio Barba, Director del Odin, y de Darío Fo, en Italia; de Augusto Boal, en Brasil; de Roberto Perinelli, en Argentina. Soy el único colombiano en figurar en la colección de textos del CELCIT, Argentina. Ya no.

Fui reconocido junto a Enrique Buenaventura, Santiago García y Atahualpa del Cioppo, como uno de los artífices del teatro Latinoamericano, por los dirigentes del Teatro del Pueblo (Raúl Rodríguez) en Paysandú Uruguay. La *Revista Conjunto* y Garzón Céspedes (en Cuba).

Este texto reposa en la Biblioteca de la Casa del Teatro